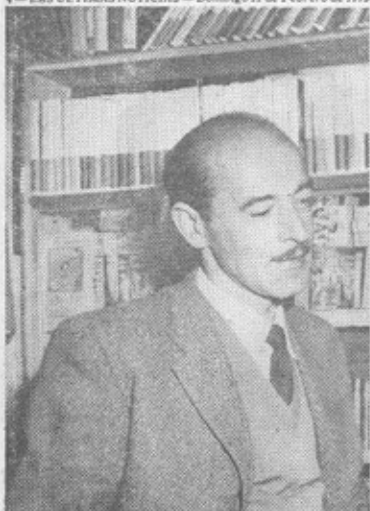




FRANCISCO SANTANA en un rincón de su mundo de los libros, donde perdura su recuerdo.

• El tiempo pasa rápidamente; hace poco más de un año, el 13 de enero de 1978, cayó herido de muerte el poeta y ensayista Francisco Santana, víctima del atropello de un vehículo motorizado en la noche santiaguina del barrio alto.

Vi por primera vez a Francisco Santana en el Liceo Nocturno Federico Hansen de la capital. Ambos carecíamos de exámenes válidos por el sexto año de humanidades, como se denominaba entonces al término de la educación secundaria y trabajábamos para ganarnos la vida. Santana en la Biblioteca Nacional y yo en una sordida repartición pública. Ambos teníamos poco más de 30 años. Nos sentamos por azar en los últimos bancos del viejo Liceo de Aplicación y allí mismo se inició nuestra amistad. Santana era un mono pálido, de viva mirada negra y pelo crespo. Daba una impresión de fragilidad; a pesar de que, según supimos después, había sido un buen deportista; pero de esa afición adolescente no hablaba nunca el poeta. Su tema eran los avatares del amor y los libros, estos últimos pasión de pasiones, rumbo y soporte de su vida futura. Él llegaba a la

instrucción nocturna, compuesta en su mayoría por gente adulta y de trabajo, con una formación laica y ya venida de un severo colegio confesional, pero la primera discusión no se basó en ninguna creencia religiosa, simplemente en la literatura española y chilena, conforme a la versión que nos habían dado nuestros muchos maestros. El debate íntimo salió del banco refundiéndose a toda la sala de clases y la audiencia no tomó partido, mirándonos más bien como dos fanáticos. Esa éramos en verdad sin que nosotros mismos lo descubriéramos tal como el pez se escapa de descubrir el agua por donde nace y muere. Al poco tiempo, como es obvio, nos encontramos en la Biblioteca Nacional. Los libros y los lectores ya estaban, en el mismo edificio donde se encuentran ahora, no en la vecindad del Congreso Nacional, pero el ambiente era distinto.

A la Biblioteca Nacional iban, aparte de los lectores obligados, la gente que se helaba en el invierno a causa de la escasez en que vivía, los drogadictos de la novela pornográfica, los lectores devorados de "Los tres mosqueteros" y de "El defensor tiene la palabra". En la mañana y en la tarde, llegaban a la Sala Chilena de Lectura, el almirante Gajardo, pequeño con sus bigotes muy negros, vestido siempre de oscuro, y un señor Lyon, alto y rojizo como un lord inglés que también vestía como anglosajón y que se sacaba su deportivo sombrero redondo y le alzaba sobre la cabeza de Voltaire cuya sonrisa de mármol presidió la sala. "¡Así serían a una gloria de nuestra Marina!", decía el señor Lyon y mostraba a los lectores al almirante en retiro señor Gajardo. Este, entretanto, leía de pie, afirmado en la mesa central y comía ciruelas o duraznos comprados en la misma acera del templo cultural. En la oficina escribía infatigablemente a máquina otro personaje de la cultura chilena; Raúl Silva Castro.

Francisco Santana caminaba rápido como lo hizo hasta el final de sus pulso y al descubrirnos ensimismados en la lectura, se nos aproximó y nos saludó con una sonrisa que hemos visto en muy poca gente, mezcla de afecto entrañable

Encuentro y Lejanía

Francisco Santana, Vivo en el Recuerdo (*)

Por LUIS MERINO REYES

y de firme amistad. Todo esto sin que esas virtudes deajaran a salvo nuestros naturales defectos: la ambición cándida y la fuerte emulación juvenil. Un día nos descubrimos cada uno con los manuscritos de unos versos y desde entonces la amistad se organizó por derroteros comunes de sorpresas y sufrimiento. Santana disfrutaba en ese tiempo de una viciación mucho más amplia que la mía. Desde luego, venía de Francisco Hernández y poética zona de aire y cielos limpios, cuna de voces muy afinadas y altas en nuestra poesía que han dejado como demonios desafiados a muchos liridos entusiastas de nuestra sufrida tierra. El libro inédito de Francisco Santana se llamaba "Cauces de la voz" y buscarle impresor se fue tarea fácil. Buscamos presupuestos en las mejores imprentas de la época y Santana terminó comprando su libro en la imprenta "El Esfuerzo", símbolo de aquellas culturas.

Si cotejamos este libro musical de Santana, "Cauces de la voz", con otra poesía de comienzos de más de algún género de nuestro tiempo, descubrimos que aquella se salva hasta nuestros días por su decoro, por su natural sobriedad, por su lirismo.

La generación poética de 1928 tuvo la dicha o la desgracia de nacer junto al nacimiento del sistema solar de nuestra poesía. Gran parte de los poetas jóvenes de aquellos años resultaron calcinados, otros derivaron hacia la novela o el ensayo. A Francisco Santana, poeta de firme y sensible raza, le sucedió esto último, favorecido tal vez por la austeridad de su carácter y por su trabajo cotidiano en la ciudad de los libros, allí donde puede apreciarse todo el valor y también el olvido de la letra impresa. Así brotaron y se sucedieron sus libros y fichas bibliográficas que culminan con su tomo "Evolución de la Poesía Chilena", aparecido en 1956 y que puede considerarse la cima de numerosos trabajos silenciosos.

Cuando apareció este libro con sello de Nascimento y certero lindear de Alfonso Calderón, nos encontramos con Santana en la vecindad de la antigua editorial. Era una mañana muy fría. Nosotros habíamos comprado recientemente el tomo, algo que se sin duda le halagó y nos devolvimos con el para que lo leyéramos. Allí por rara conjunción literario-astrol, apareció Filebo y se estableció una conversación amable, pero algo que yo dije molestó al poeta que se mostraba en su estado más íntimo, con un libro crítico recién publicado y fue necesario anestesiarnos a medias con palabras propias de la gran ciudad. Santana fue siempre un provinciano, un magnífico y virtuoso ejemplar de la provincia y nunca omiso en sus valoraciones la procedencia, el terruño del autor. Olvidaba que la mayoría de los géneros de nuestra vida cultural vienen de la provincia y que los santiaguinos nos hemos limitado a contemplarlos arrebatados en la capital.

Pero en fin, terminemos... Francisco Santana, el devoto de la letra impresa, del libro escaso, del autor olvidado, ha tenido la virtud, a un año de su muerte, de hacernos escribir como si estuviera vivo.

(*) Fragmento de un ensayo escrito por el autor y que servirá de prólogo a la reedición del libro "Cauces de la voz", poemas de Francisco Santana, editado por la imprenta "El Esfuerzo" (Santiago), en 1956.

Francisco Santana, vivo en el recuerdo [artículo] Luis Merino Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Merino Reyes, Luis, 1912-Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Francisco Santana, vivo en el recuerdo [artículo] Luis Merino Reyes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)